



Yarrow Townsend

El  
**MAPA** de  
**HOJAS**

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones

Título original: *The Map of Leaves*

© 2022, del texto, Yarrow Townsend

© 2022, de las ilustraciones, Marie-Alice Harel

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2022 por Chicken House

© 2023, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti

© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Maquetación: David Pablo

Adaptación de cubierta: Emma Camacho

ISBN: 978-84-19004-91-8

Código IBIC: YF

Depósito legal: B 23.011-2022

Primera edición: marzo de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

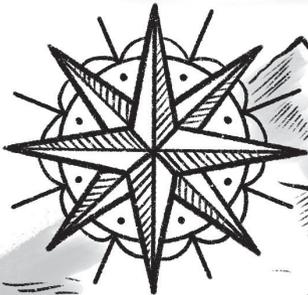
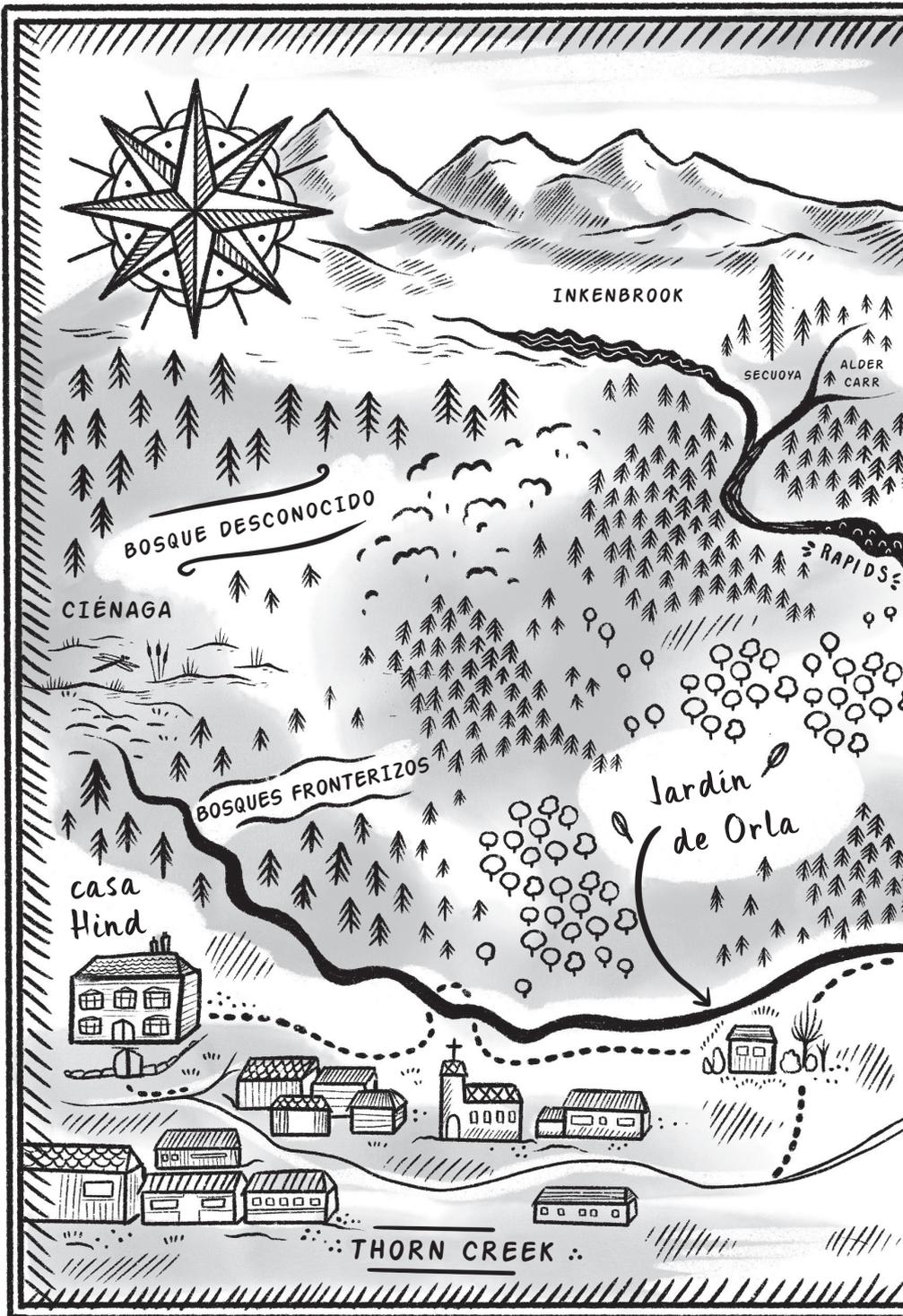
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. (Italia)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para Bridie Watts*



INKENBROOK

SECUOYA

ALDER  
CARR

RAPIDS

BOSQUE DESCONOCIDO

CIÉNAGA

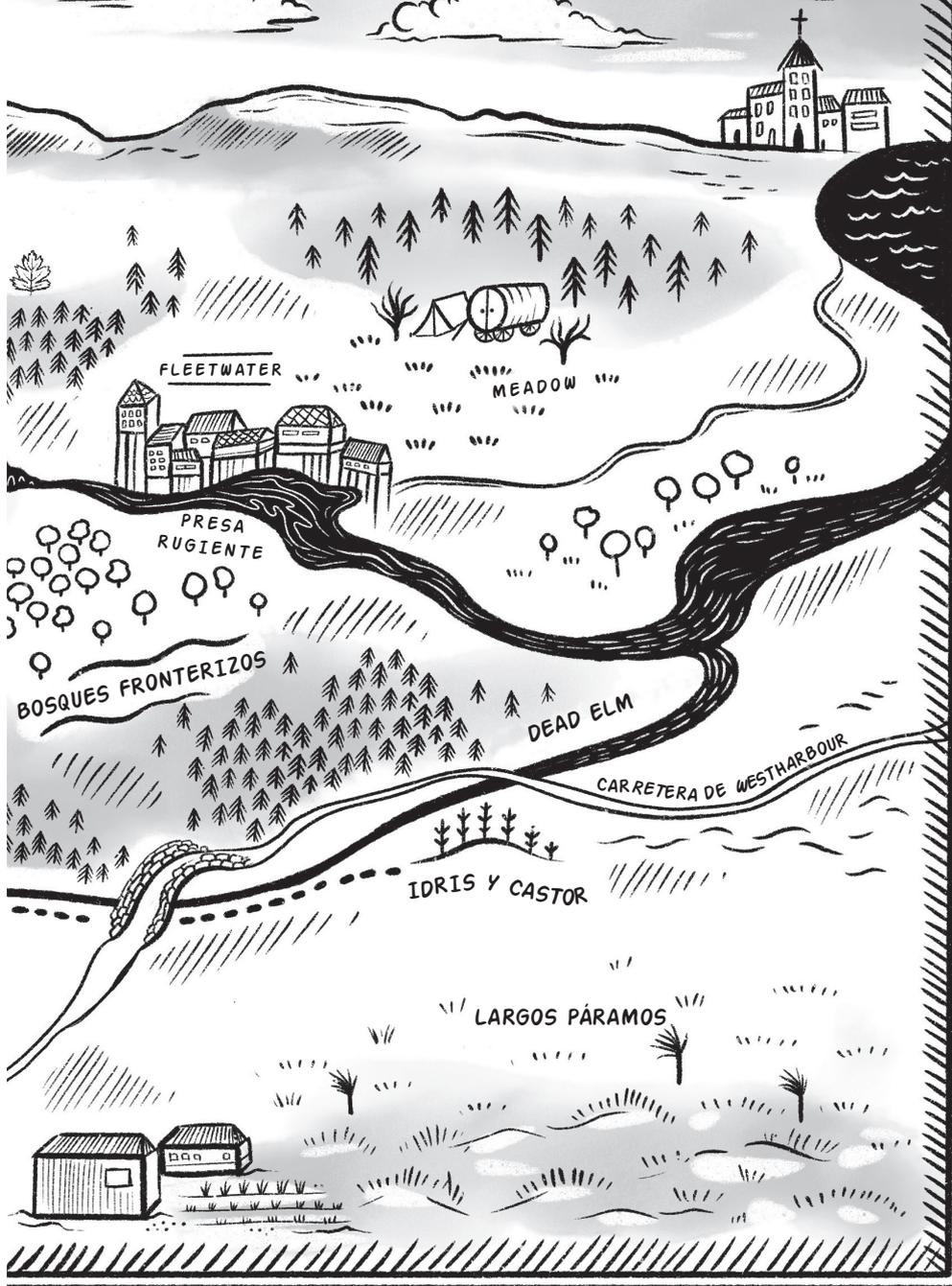
BOSQUES FRONTERIZOS

Jardin  
de Orla

casa  
Hind

THORN CREEK

WESTHARBOUR



FLEETWATER

MEADOW

PRESA RUGIENTE

BOSQUES FRONTERIZOS

DEAD ELM

CARRETERA DE WESTHARBOUR

IDRIS Y CASTOR

LARGOS PÁRAMOS





# 1

## Consuelda *Symphytum officinale*

Hojas: para cataplasmas contra inflamaciones e infecciones. También conocida como oreja de asno.

El pueblo de Thorn Creek debería estar abandonado hace mucho. Era un lugar húmedo, tenebroso, sin futuro, en el que se juntaban unas cuantas casas de madera siguiendo un río pantanoso, como si tuviesen miedo de caerse al agua o de que se las fuera a tragar el bosque. Con todos los bosques cubiertos por la niebla y ciénagas salvajes, no era adecuado para niños. Los inviernos eran largos y oscuros e insoportablemente grises. Nadie esperaba con ilusión pasar el tiempo entre la niebla del río, envuelto en un par de jerséis uno sobre el otro, apilando leña y recogiendo peras caídas. Nadie excepto Orla Carson.

Con doce años, Orla tenía el pelo castaño oscuro, las manos llenas de rasguños por los zarzales y una expresión siempre decidida. Llevaba unos pantalones pirata de chico que nunca se cambiaba, un impermeable que olía a cera y unas gruesas botas de cuero. Su hogar era una pequeña cabaña de madera que antes usaba un campesino para guardar la leña, y que estaba en un extremo del pueblo, en un enredo de endrinos y manzanos que el hombre había abandonado hacía ya mucho. Orla había vivido allí con su madre, y tras la muerte de esta siguió sola, sin la ayuda de nadie. Cuidaba de su jardín salvaje y su jardín salvaje cuidaba de ella. No necesitaba a nadie más.

Aquella tarde, a la luz de color gris ganso, Orla estaba metida hasta las rodillas entre ortigas, contemplando los matorrales. Era el primer día de septiembre, el cambio de estación: la niebla descendía casi hasta el río, y los helechos y la consuelda en la punta del jardín estaban envueltos en telarañas llenas de joyas. A su alrededor las plantas susurraban, sus voces chispeaban por entre el lío de hojas y tallos.

*¡Arranca desde la raíz!*, le dijo la acedera.

*Necesitas más de dos hojas*, replicó la milenrama.

*¡No, solo un poco de la punta!*, insistió la ortiga.

—Sé cómo se hace el ungüento —respondió Orla mientras elegía qué ortigas podar cuidadosamente con su cuchillo. Recogía las plantas a medida que estas caían, recogía las hojas de los tallos antes de que pudieran pincharla, y se lo metía todo en los bolsillos. Su caballo, Capitán, estaba atado al porche de la cabaña y

parecía triste; tenía un casco infectado y la niña debía curárselo antes de que el problema se extendiera.

*¡Potentila!*, ordenó la linaria.

*¡Oreja de ratón!*, chirrió la moneda del Papa, con sus vainas como lunas de plata.

–Mmm –murmuró Orla. Avanzó por entre las desaliñadas ortigas hasta las zarzas, que le pincharon el impermeable y la agarraron por los pantalones—. Quizá. Ya veremos, ¿vale? Permiso. –Se arrancó los pinchos—. Como sabéis, ahora estoy en algo importante.

Se abrió paso por entre los viejos y retorcidos manzanos, hacia el arroyo.

–Ortigas, consuelda, barro. Eso es todo lo que necesito.

*La consuelda siempre funciona*, replicó esta, orgullosa.

En la orilla, Orla se limpió la niebla de la nariz con una manga y cortó las hojas de consuelda. La reconocía fácilmente: ancha, verde, con una fina capa de pelillos que pinchan; en verano la adornaban unas campanillas rosáceas, a veces de color púrpura, otras blancas. Pero eran sus gruesas hojas lo que ella usaba para sus ungüentos, para quemaduras, para moratones. Una vez le curó una patita a un gorrión cojo untando una de las hojas en miel y usándola como una venda, tal como le había enseñado su madre, y alimentó a la criatura con gachas hasta que se fue volando.

La consuelda siempre funcionaba.

*A la tercera va la vencida*, le dijo la planta.

Orla se mordió el labio.

–Ojalá –contestó. Capitán ya había tenido la pata mal tres veces aquel verano, y ella usaba siempre el mismo remedio, tal como le habían dicho. Tenía que curarlo del todo de una vez. La primera había usado un montón de acedera de la acequia del seto, y el mes pasado le había aplicado miel de las abejas del manzano. Con eso tendría que haberse curado.

*¡Esas no, no son lo bastante buenas! ¡Más acedera!*, le dijeron los endrinos.

*¡Más perejil bravío!*, gritaron las margaritas.

–Vale, vale –replicó Orla–. Que no soy sorda.

Se apartó el pelo húmedo de los ojos y examinó las hojas de consuelda a la luz mortecina. Eran más pequeñas de lo normal y tenían puntitos negros, que intentó apartar con un dedo sin éxito; parecían ser parte de la planta.

*Malas hojas*, dijo el musgo de detrás de los manzanos.

*Pero aún sirven*, argumentó la consuelda.

*Lo que necesitas es pino*, aportó el ajenjo.

*Savia y resino y brea. ¡Brea de pino!*, insistió el jardín.

–Brea de pino, sí –replicó Orla, aún centrada en la consuelda. Se guardó las hojas en el bolsillo y se abrió paso de vuelta a la cabaña. Capitán miraba hacia el seto que separaba el jardín de la carretera y olisqueaba el aire. Tenía la crin enredada con espinas de bardana, y la manta de *patchwork* que lo cubría estaba sucia de barro.

–Deja de pensar en las moras –le dijo ella, rascándolo tras las orejas, como a él le gustaba. Después le

levantó la pata para ver el casco dañado. Capitán se resistió un poco, pero Orla lo calmó con susurros y caricias antes de examinarlo. Olía horrible y supuraba una especie de líquido denso. Volvió a bajarle la pata con cuidado, se sacó las hojas del bolsillo y se dedicó a elegir las que no tenían las manchas, mientras el caballo las olisqueaba entusiasmado.

*Mejor sería el pino*, murmuró el ajenjo.

–Probemos primero mi idea –insistió Orla, y cogió un mortero de piedra de la pequeña banqueta del porche. Echó dentro las hojas y las machacó–. Listo. –Añadió el barro grisáceo y contempló cómo se volvía verde, tal como esperaba–. Así está bien. Las hojas no tienen ningún problema, es solo que ya no están en su mejor momento.

*Mmm*, dudó la acedera a sus pies.

*¿Estás segura?*, preguntó el ajenjo.

Orla volvió a morderse el labio.

–Funcionará –repitió mientras acababa de agitar la mezcla. Le levantó de nuevo la pata a Capitán, untó el ungüento verde y lo cubrió con un trozo de tela limpia. Pero era cierto que la pasta tenía un tono un poco más oscuro de lo normal.

Soltó la pata del caballo y se limpió las manos en los pantalones.

–La próxima vez que te escapes, no te acerques al pueblo –le avisó–. Hay demasiados cristales y clavos y problemas. Y no puedo perderte.

Capitán bajó la cabeza para olerse la pata y soltó un bufido. Orla alzó una ceja.

–Pues a mí me parece que el ungüento está bien. Enseguida te sentirás mejor.

Detrás de ella las plantas susurraron con un ruido como el de un golpe de viento.

–Eh, que os estoy oyendo –volvió a avisarlas.

*Brea de pino*, replicaron todas a coro.

*¡Pino y fresno, los pones a hervir hasta que se peguen!*, dijo la hiedra.

Orla les dedicó una mirada molesta.

–He dicho que no –repitió, sacándose la bruma de la nariz y volviendo a guardarse el cuchillo–. Capitán se pondrá bien, el café ya está medio quemado, y después tengo que coger zanahorias para la cena. No voy a ir hasta los pinos. Sé lo que hago.

Pero en realidad sabía que la hiedra tenía razón; llevaba muchos años cuidando el jardín y tenía raíces enrolladas alrededor de los cimientos de la cabaña.

*La consuela no es suficiente*, siguió la planta. *Usa pino o morirá por la infección. De los pinos de más allá del pueblo. De los pinos de los Bosques Fronterizos.*

Orla entornó los ojos y miró hacia Thorn Creek. Un camino enrevesado iba desde el río hasta el grupo de casas oscuras de madera empapadas por la lluvia y las calles de adoquines. Las farolas ya estaban encendidas y las sombras se reunían en torno a la taberna y la capilla, flotando entre la niebla. Más allá, una hilera de negros pinos parecía vigilar el pueblo. A la niña se le erizaron los pelillos del brazo y le empezaron a pesar las piernas.

*Tienes miedo*, dijo el ajenjo, amargo.

–No tengo miedo –murmuró Orla, aunque se le estaba formando un nudo en el estómago. Ir al pueblo nunca acababa bien.

Entró a toda prisa en la cabaña y echó el pestillo a la puerta. Se sirvió una taza de café de bellota y se sentó en la silla que se había construido ella misma para calentarse los pies al fuego de la chimenea. De sus botas se elevaban al aire rizos de vapor. Iba echando vistazos ocasionales al exterior. Capitán tenía la pata levantada y una expresión lastimosa. El ungüento caía lentamente a goterones por entre la tela. Orla pensó en los puntitos de las hojas de consuelda y soltó un gruñido. Pasó la vista a la caja de madera junto a la chimenea, la que contenía el libro de su madre. Pero ya no había tiempo para comprobar recetas. Podía solucionarlo por sí misma.

*Está anocheciendo, susurró la hierba de fuera. Los pájaros regresan a sus nidos.*

*No puedes esperar un día más, no puedes, la avisó la rosa silvestre.*

*Es hora de ir, añadió la salvia. Es hora de ir.*

Orla estaba encariñada de Capitán, encariñada de sus ojos oscuros y sus resoplidos, aunque nunca se lo reconocería a nadie. Para otros era solo un caballo, útil para mantener corta la hierba que rodeaba a los manzanos y para fertilizar los cultivos. Pero para ella era un amigo; el único, aparte de las plantas. Y no podía permitirse perderlo.

–Vale –dijo, mirando hacia los árboles–, pues brea de pino.



## 2

### Pino *Symphytum officinale*

Resina: para uso como desinfectante en cortes superficiales y como repelente de insectos. Agujas: té para bajar la fiebre.

Orla siguió el estrecho camino que iba a los Bosques Fronterizos. Era poco más que un camino de cabras que serpenteaba siguiendo el riachuelo. También era el camino más largo, pero así conseguía mantenerse fuera de la vista del pueblo. Los matojos eran altos y densos, llenos de telarañas que atrapaban la niebla formando pequeñas hileras como de joyas. Las plantas miraban a Orla pero no decían mucho; no eran como las del jardín: mantenían sus secretos y cotilleaban entre susurros.

*Vas sola, murmuraron. ¿Dónde está tu caballo?  
¿Por qué no has cogido el camino del pueblo?  
Por aquí te vas a llenar del lodo de la ciénaga.*

Orla siguió avanzando.

—¿Alguna puede decirme dónde hay un pino bien resinoso?

*Ha llegado el otoño*, respondió la hierba.

—Eso ya lo sé —replicó la niña con un resoplido, agarrando fuerte su saco y mirando hacia los tenebrosos bosques, más allá—. ¿Qué os ha dado? Al menos podríais apartaros del camino.

Al doblar una curva, un mirlo salió gorjeando de entre los hierbajos. En ese punto el arroyo se dirigía hacia el bosque, rodeando la base de la colina que se elevaba hasta el pueblo. De esta asomaban casas ominosas, apenas iluminadas con velas. Arriba del todo se encontraba la imponente silueta de la casa Hind, de tres pisos, separada del pueblo por un muro con una entrada flanqueada por dos ciervos de piedra. Los terrenos de la mansión llegaban casi hasta el arroyo en un amplio jardín de césped, al que Orla se acercó nerviosa: ahí desaparecía su camino secreto hasta el bosque, bloqueado primero por el muro pétreo y después por el jardín vacío, interrumpidos solo por un embarcadero que asomaba hasta el agua oscura. Trepó el muro y esperó un momento. Miró primero hacia los pinos más allá del jardín y después hacia la propia casa.

La casa no tenía las cortinas cerradas, y dentro distinguió unas siluetas que se movían por entre las luces. Cuando vio aquel interior cálido sintió frío de repente, allí en la niebla. La casa Hind pertenecía a Inishowen Atlas, el alcaide de Thorn Creek. Era el

hombre más rico del pueblo, y esa era la razón por la que, según le había dicho su madre, las autoridades de Westharbour le habían confiado el acto de hacer cumplir la ley; al contárselo había soltado un resoplido y una mirada de desprecio, añadiendo que en todos los pueblos era igual: gente de ciudad que creía saber qué era lo mejor para el territorio. Atlas apenas se dejaba caer por allí; pasaba la mayor parte del tiempo en Westharbour.

A pesar de todo, la mansión era impresionante. En ella vivía la hermana de Atlas, Josephine Claw, con su hija, una chica que se llamaba Ariana. Orla supo con certeza que estaban cenando ganso con arándanos y vino; casi podía olerlo.

Durante un instante Josephine Claw apareció en la ventana. Llevaba un vestido largo y blanco. Contempló el río y, con un ligero movimiento de cabeza de desaprobación, cerró las cortinas.

Sin dejar de mirar de reojo hacia la casa, Orla corrió por el césped hacia el bosque.

*¡Rápido!*

*¡Para, para!*

*Ve hacia los árboles, en la oscuridad.*

Los bosques se la tragaron como un océano en calma lleno de suaves susurros y ramitas que crujían y el *dip dip* del rocío que caía de las hojas. Orla observó los negros árboles en busca de un pino entre los fresnos, las hayas y los robles. Entonces cerró los ojos para escuchar.

*Adéntrate más, le dijeron.*

*Hacía tiempo que no venías por aquí, niña lista,* susurró una rosa silvestre.

–Así que me recuerdas –replicó ella–. Tampoco fue hace tanto.

Sintió que el pulso se le aceleraba al imaginarse a sí misma como una cazadora de ojos brillantes, igual que cuando antes iba allí con su madre. Mientras la mujer recogía setas colmenilla y hongos, Orla corría y corría con un palo de madera y una bufanda al cuello del mismo color azul que los Cargadores. Nunca le confesó a su madre que jugaba a ser libre como aquellos transportistas, que acudían desde todos los rincones del país para trabajar en las barcas que cruzaban el río a cambio de algo de dinero. Los Cargadores, que llamaban «loca» y «bruja» a su madre. Los Cargadores, que la habían enterrado en algún lugar del bosque...

*Cuidado dónde pisas,* siseó la madre selva que se enredaba entre los árboles.

Delante, los finos pinos se mantenían en silencio. De vez en cuando hacían algún *crac* con el viento, como un quejido que descendía por ellos hasta las raíces. En uno de ellos Orla vio un nudo de resina pálida allá donde había caído una rama vieja, supurando de la herida como sangre ambarina.

–Voy a cogerte un poco de resina, si no te importa –le dijo, apoyando una mano en el tronco con suavidad–. Es para la pata de mi caballo; se le ha infectado y podría morir. Gracias.

Trepó por el tronco, apartando las ramas que se interponían. Ya frente al nudo, sacó su serrucho. Estaba

un poco oxidado y la hoja no se mantenía muy firme, pero le serviría. No oyó que el pino pusiera ninguna objeción, así que empezó a cortar la masa de resina endurecida del tamaño de un puño. La herramienta la atravesó con facilidad, y ella siguió hasta llenar el saco con trozos de olor dulce.

Cuando acabó se secó la frente con la mano y volvió a guardar el serrucho.

—Ya está —dijo, dándole una palmadita al tronco—. Ya tengo lo que necesitaba.

Hizo una pausa. Al separar la mano notó una pequeña mancha negruzca en la corteza, como si alguien la hubiese pintado con tinta. Agitó la cabeza; estaba oscureciendo y las sombras debían de estar haciéndole ver cosas.

El viento se había levantado un poco, arrastrando a la niebla, sustituida por las oscuras sombras del caer de la noche. El árbol crujió y protestó. Orla bajó con los pies colgando en busca de las ramas inferiores. Al mirar abajo vio el abrigo azul tan distintivo que se movía abajo.

Un Cargador.

Instintivamente, pegó la cara al tronco y se agarró fuerte al tallo de una hiedra.

—¿Qué está haciendo? —le susurró.

*Busca, respondió la planta. Algo perdido.*

Orla miró a la luz crepuscular. El Cargador se movía de un lado a otro, sus ojos fijos en el suelo. Sus gestos eran cautos y parecía que le pasaba algo en las piernas. Parecía apenas un adolescente, muy joven

como para ser uno de ellos. El pelo se le retorció en finos rizos, y no tenía en él ni rastro de gris, al contrario que los demás. Su rostro le resultó familiar, aunque era difícil distinguirlo con tan poca luz. Al acercarse al árbol en el que estaba ella, la niña percibió el olor de humo de leña y barro del río... y algo más, algo como húmedo, podrido, enfebrecido.

El Cargador no vio la raíz que se interponía en su camino. Tropezó y volvió a levantarse apoyándose en el árbol de Orla. Tenía el aliento entrecortado y gotitas de sudor por entre los rizos. Los ojos le brillaban al aire húmedo cuando alzó la vista para ver las ramas.

La niña intentó quedarse totalmente inmóvil. El corazón le golpeaba en el pecho. Sentía las palmas húmedas contra el árbol. Cerró los ojos en un intento de mezclarse con el bosque cada vez más oscuro. El Cargador suspiró, soltó un taco y por fin se alejó tambaleándose.

Orla esperó y después siguió bajando por las ramas hasta llegar al suelo.

–Tendrías que haberme avisado –reprendió a la hiedra, poniéndose en cuclillas para examinar la raíz que había hecho tropezar al chico. Era suave y negra, como la parte de la corteza de donde había cortado la resina.

Rechinó los dientes; sentía aún más el frío y el bosque estaba cada vez más oscuro. Oyó el arroyo que avanzaba por el páramo, los murmullos de los árboles.

–Me estáis ocultando algo –les dijo a las plantas. El bosque no contestó. Orla agarró fuerte el serrucho. Le temblaban las manos–. Tenéis que decirme qué pasa. –Unas chispas de ira empezaron a recorrerle el cuerpo, pero sabía que no iba a servirle de nada: las plantas podían decirle lo que veían, no lo que sentían–. Vale. Guardaos vuestros secretos. Ya lo averiguaré yo sola.

Le ardían las mejillas. Las ramas se extendían como manos frente a su cabeza, y ella las fue apartando casi a golpes mientras seguía avanzando por entre los árboles. Todo estaba mal. Las plantas de su jardín le habían dicho que fuera allí, pero tampoco ellas podían contarle qué pasaba. ¿Eran las marcas negras del pino las mismas que las de las hojas de consuelda?

Al salir de la broza se encontró de nuevo bajo la casa Hind. Al correr por el césped vio que ahora había una lámpara colgada en el embarcadero con una llama naranja que danzaba en su interior. Había una barca atracada que se balanceaba por entre los juncos. Miró de nuevo hacia el bosque y se preguntó cuánto se habría alejado el Cargador de su embarcación.

*No está bien*, susurró la maleza del río a sus pies.  
*No está nada bien...*

Con los ojos bien abiertos, siguió por la orilla y pasó las manos por las afiladas puntas de la hierba.

*No está nada bien*, repitió esta.

Orla respiró hondo. La consuelda de su jardín y el pino del bosque no eran los únicos afectados. Ahí mismo las plantas estaban tan cubiertas por las marcas que sus tallos se habían vuelto negros del todo.

El Cargador hizo un fuerte ruido al llegar al embarcadero, y Orla notó que el corazón le seguía latiendo a un ritmo frenético. A las plantas de Thorn Creek les pasaba algo y no tenía ni idea de qué hacer al respecto.



# 3

## Salvia *Salvia officinalis*

Para hacer una infusión que suaviza la garganta.

«Las plantas enferman –le había dicho su madre–. Igual que la gente».

Para Orla eso no era ninguna novedad. Thorn Creek era muy húmedo, por lo que no resultaba raro que los cultivos tuvieran problemas. Había bacterias, hongos, parásitos. Las ciruelas podían marchitarse, las manzanas podían tener cancro. Pero su madre sabía qué debía hacer. Entre las dos cuidaban del jardín como pájaros que entretejen sus nidos. Pasaban tardes enteras cortando ramas viejas a los manzanos para que pudiesen crecer otras, recogiendo hojas caídas para secarlas al fuego y semillas que esparcían durante sus paseos para que en primavera aparecieran nuevas flores brillantes. Su madre era capaz de distinguir

una hoja en concreto que pareciera no estar bien, y la cortaba para que la planta creciera fuerte.

Pero esto que sucedía ahora no se parecía a nada que Orla hubiera visto antes. Nunca había sufrido plagas en su propio jardín o en los Bosques Fronterizos.

Iba a preparar la resina de pino; eso haría que dejara de pensar en las plantas enfermas. Capitán estaba dormitando, apoyándose en la cabaña en un intento de que su peso no recayera en la pata mala. Orla le rascó el cuello y entró en busca de una olla. En el suelo de su casa había una capa de polvo y arañas en el lugar donde guardaba troncos y la silla de su madre junto al horno. Mediante una escalera se accedía a una pequeña habitación en la que la niña tenía un catre de paja justo bajo el tejado, y que había sido suficiente para que las dos durmieran juntas y cómodas con mantas de lana. También había una ventanita de un cristal que había traído la madre de uno de sus viajes; desde allí Orla podía vigilar el jardín y a sus vecinos chafarderos: Ariana Claw, que espiaba por entre los setos con sus grandes ojos y sus ricitos rubios siempre perfectos, y el viejo Elias Dawson, que acudía a ofrecerle cosas que ella no necesitaba.

Orla rescató una olla de debajo de una pila de mantas. Era demasiado grande para la cocina, así que la arrastró fuera y la dejó sobre el soporte de metal en el que hacía el fuego. Lo encendió, echó la resina de pino y rogó que todo saliera bien.

Empezaba a llover con grandes goterones, por lo que se refugió en el porche junto al cálido lomo de Capitán y contempló cómo el fuego chispeaba.

–«Resina de pino». Está muy bien que me digáis «resina de pino» –reprendió a las plantas–, pero también podríais contarme cómo prepararla. –La cosa no pintaba bien. Le costaba alimentar el fuego bajo la lluvia sin requemar el contenido de la olla–. ¿Cómo voy a saber cuándo está lista? –Removió un poco la sustancia viscosa con un palo. No obtuvo respuesta–. Vale, estáis enfurruñadas. ¡Y yo qué sabía!

*Tu madre sí lo hubiese sabido*, replicó el ajenjo.

Orla sacó el cuchillo del bolsillo y señaló con él a la planta.

–No menciones a mi madre. ¿Por qué no puedes ser como la hiedra?

El ajenjo se quedó en silencio. La niña ya sabía que cada planta tenía su cometido: la hiedra era sabia, la consuelda era fiel, y el ajenjo... en fin, el ajenjo siempre le decía las cosas que ella no deseaba oír aunque a veces debería.

Miró hacia dentro, a la caja donde estaba el libro de su madre.

–Solo necesita hojas de fresno, eso es todo –dijo, y cogió un puñado de un cubo junto a la puerta, que echó sobre la resina pegajosa.

–Esa pata no tiene buen aspecto –comentó una voz rugosa desde detrás del seto. Era Elias Dawson, encogido a la entrada, donde la madreselva y la hiedra crecían formando un arco entre dos majuelos. El hombre tenía unas gruesas cejas que se le unían sobre la nariz y parecía marchito, como si hubiese estado demasiado tiempo en remojo; es lo que les hacía el aire húmedo de Thorn

Creek a todos los que vivían allí desde siempre. Llevaba una bolsa de arpillera. Orla soltó un bufido. Él se dedicaba a fabricar velas de cera para la gente del pueblo y lámparas de aceite para los Cargadores. La madre de la niña la dejaba con el hombre y su esposa Agnes cuando viajaba a Fleetwater y a Westharbour, así que Orla se había pasado la vida oyendo sus consejos; no deseaba más.

—¿Qué quiere? —le preguntó mientras seguía removiendo la resina.

—Quizá deberías probar lo que usan en la casa Hind con los caballos de los carruajes —respondió Elias; el agua de la lluvia le caía por las cejas—. Alquitrán negro o algo así. Dicen que hace maravillas.

—No voy a usar nada que en la casa Hind crean que es bueno —replicó Orla, que se subió la capucha y se volvió hacia el fuego. La resina burbujeaba y se estaba convirtiendo en una especie de cola oscura. Apartó la olla para que se enfriara.

—Te traigo avena de Marianne Reed —dijo Elias, agitando la bolsa.

—Ya le he dicho que no necesitamos nada. Tenemos comida suficiente en el jardín.

Elias recorrió el pestillo de la puerta y se quedó bajo las espinas.

—Te la dejo aquí —insistió, y dejó la bolsa sobre el tarugo que usaba Orla para cortar leña.

—No la necesitamos —murmuró ella de nuevo mientras le levantaba la pata a Capitán, se colocaba el casco en el regazo y le aplicaba la resina. El animal la olisqueó y frunció el morro.

–Sí que la necesitas –replicó Elias–. Tu madre dijo...

Orla soltó la pata con un *clanc* y se volvió hacia el anciano.

–No le pidió que se entrometiera. Estamos bien.

–Solo miramos por ti –se defendió él–. Como le dijimos a Elizabeth que haríamos.

–Y ya sabemos lo bien que fue. –La niña frunció los labios, se cruzó de brazos y esperó a que Elias se fuera.

Pero no se movió.

–Tienes que hacerme caso, Orla –le dijo por fin–. ¿No has oído lo que dicen?

–¿Sobre mamá? –saltó ella–. ¿Que no sabía lo que hacía? ¿Que era un fraude? Ya oigo eso cada día, y no gracias a usted.

El rostro de Elias se ensombreció.

–Dicen que las plantas están enfermas. Se lo oí a Callahan Reed en el White Heart, en serio. Se ve que...

–Cotilleos –lo interrumpió Orla–. Como siempre. Las plantas están bien.

–¿Las tuyas no están enfermas? Pues tienes suerte.

–Mamá sabía lo que hacía. Yo sé lo que hago. Puedo encargarme sola.

Elias suspiró.

–Quizá deberías aceptar que tu madre no lo sabía todo. Después de lo que pasó en la casa Hind...

De repente la niña sintió que se le humedecían los ojos. Todos creían saber lo que le había pasado a su madre, después de que hubiera dejado a Orla en la casita demasiado pequeña de Elias y Agnes, en el

pueblo. Antes de que todo fuera mal. Tiró la bolsa de avena bajo el porche y fue hacia la entrada. Elías se escurrió el agua de la gorra y abrió la boca como si fuera a decir algo reconfortante.

–No necesito sus opiniones –se le adelantó la niña, cerrándole la puerta tan rápido que la mano le fue a parar entre las espinas–. ¡Y no necesito más avena! –añadió cuando el hombre desapareció por el camino oscuro–. ¡El jardín está bien! ¡Estamos bien!

*Las espinas pinchan mucho*, dijo el zarzal mientras ella desenredaba la mano.

–A mí me lo vas a decir. –Se lamió las marcas del dorso de la mano y se volvió de nuevo hacia Capitán, que tenía el morro metido en la bolsa de avena.

–No te comas eso –le avisó–. Nos tiene que durar. –Al retirar la bolsa, esta se partió en dos. Orla le pegó una patada a la olla y miró como las llamas chisporroteaban. El aroma a pino quemado llenaba el aire.

*Ha llegado el otoño*, dijo la hiedra.

*Vienen las lluvias*, añadieron las margaritas, apretando los pétalos.

*No habrá comidas ni hojas ni curas*, comentó el ajeno.

Orla se puso en cuclillas para verle el tallo. Tenía puntitos y estaba oscuro, al igual que el resto. Elías tenía razón. Las plantas tenían razón. Sin ellas, ni la niña ni Capitán iban a disponer de comida ni de medicinas.

*Ni de amigos*, señaló el ajeno.

La lluvia caía con fuerza cuando Orla salió a comprobar la pata de Capitán. El fuego había descendido, y el jardín estaba a oscuras, solo se apreciaba el brillo naranja del carbón. Capitán masticaba pacífico bajo el porche. Las plantas murmuraban sin parar por entre las gotas de agua, despotricando sobre el viento, la lluvia y el oscuro, oscuro río. El endrino se dirigió a ella.

*Aquí hay alguien*, le dijo.

Orla se irguió. No vio a nadie.

Las plantas crujían al viento.

*Aquí hay alguien*, repitieron las zarzas, preparando sus espinas.

*Aquí hay alguien*, insistieron las ortigas, con sus pinchos relucientes.

Orla cogió el palo que siempre tenía junto a la puerta y alzó la lámpara de mano para iluminar el jardín.

Al lado de Capitán había un joven. Era fornido y de pelo castaño. La luz de la lámpara hizo que le brillaran los ojos.

Era Idris Romero, el hijo de uno de los Cargadores.

Le dio una palmadita cariñosa a Capitán pero no saludó.

—Aléjate de mi caballo —le dijo Orla, muy seria—. No sé cómo has entrado, pero vete. Esto es propiedad privada.

—No voy a robarte tu estúpido caballo —replicó él.

—No necesito que venga a mi casa ningún Cargador a decirme lo que tengo que hacer.

—Yo no soy un Cargador —replicó él.

–Llevas un abrigo de Cargador. Y tienes las piernas empapadas. ¿Es que eres un sapo que viene de dar saltos por el río?

Orla sintió que algo ácido le subía por la garganta. El chico tenía la misma apariencia que ellos, con el abrigo azul y el rostro ajado por el clima. Ellos, esos hombres que iban cargando pieles y grano y lo que encontraran por ahí, y se lo llevaban río arriba hasta las montañas o abajo hacia el mar. Idris y su hermano Castor llevaban en Thorn Creek tanto tiempo como ella, quizá más. Su padre Cargador trabajaba en Westharbour y les enviaba dinero una vez al mes, o eso había oído Orla en el pueblo. Cerró los puños y lo miró directo a los ojos.

–Sal de mi jardín –le ordenó.

Idris le sostuvo la mirada. Desde luego, no le faltaba valor. Pero en su expresión había algo más que ella no conseguía descifrar. ¿Sería miedo? Tenía el ceño ligeramente fruncido. Negó con la cabeza.

–Tienes que venir conmigo –dijo–. Te lo digo muy en serio.

–¿Y por qué iba yo a tener que ir a ninguna parte con un Cargador? –gruñó Orla.

Idris se adentró más en el círculo de luz de la lámpara.

–Es por mi hermano, Castor. Sabe por qué tus plantas están enfermas, y si vienes conmigo te lo dirá.